

teros, tanto más admirados, cuanto le veían curar en persona, mudarle y servirle á uno como leproso que habían llevado á tomar baños termales al pié de un cerro. Cuando se fueron, á todos les dió reliquias de la Virgen que pasaba por milagrosa : Hijos míos, la fe tiene mucha fuerza : creed y esperad. Estos pequeños símbolos de la fe, creyendo, no en ellos sino en el poder de Dios, pueden alcanzar mucho de su bondad. El enfermo va mejorado : es humilde, sencillo, creyente : el agua ha sido el instrumento ; la misericordia divina el móvil, la fuente de su salud. Idos, y acordaos que en este monte hay un hombre á quien podeis llamar hermano.

Un día encontró á un pobre viejo que estaba llorando en la esquina de la calle : arrimado á la pared, era de partir el corazón ver á ese anciano tristemente vestido cómo gemía en silencio y se enjugaba las lágrimas con su áspero poncho. Las canas le caían por debajo del sombrero roto, casi hasta la espalda ; las rodillas entreparecían limpias por los boquerones del pantalón. Tío Mariano, qué hay ? qué lágrimas son ésas ? Señor, responde el viejo, cómo no he de llorar : mi hijo, mi único hijo, Manuelito, está en el cuartel : le cogieron, le llevan de soldado esos que vinieron ayer. Yo me puse por delante, por darle tiempo para que huyese ; pero de un culatazo en el pecho, á tierra, y le amarran dándole de golpes. Aguárdeme aquí, tío Mariano ; luego vuelvo á darle noticia. Enderezó el cura su camino hácia el cuartel, y preguntó por « el señor comandante. » El señor comandante era un cholo de bigotes, bocamanga colo-

rada y botoncitos amarillos en el hombro : tenía gorra y ceñía espada. Qué dice el clérigo ? preguntó brutalmente al ver al cura. Señor comandante, han tomado un mozo que es el apoyo de sus ancianos padres : la ley exceptúa á los hijos únicos del servicio militar. Esta es la ley, replicó el cholo, desenvainando su machete y vibrándolo en el rostro al sacerdote : si ese recluta es hijo único, vale veinte pesos, fraile, ya sabe. El cura fué á su casa, trajo los veinte pesos, rescató al hijo único y se le entregó á su padre. Que se vaya, dijo al anciano, que se oculte. El comandante le ha soltado por veinte pesos ; luego le cogerá el capitán para vendérselo por quince. El muchacho se arrodilló ante el sacerdote, después ante su padre, les besó la mano, y sin tiempo para ir á su casa, tomó el camino, y trote trote, desapareció. Ya no le veía el pobre viejo, y todavía le estaba gritando : Al monte, hijo, al monte !

Joaquín, yo sé que estás viviendo mal, le dijo el cura á un hombre de buen parecer que encontró en uno de sus paseos por la tarde ; por qué no te casas ? El mozo se encendió de vergüenza, y, cabizbajo, respondió : Me casara, señor cura ; mas ni para los derechos tengo, menos para poner casa. De los derechos no hables, replicó el sacerdote ; yo te los pago... En cuanto á lo demás, ¿ te convendría una colocación en la hacienda del señor Ruiz de Borja ? Este señor me ha suplicado le indique un hombre de bien y trabajo á quien él pueda confiar el cuidado de sus labranzas. Señor cura, yo lo que quiero es trabajar y servir á Dios : si no me he casado ha sido de miedo de que me falte lo necesario. El

domingo próximo se hizo la primera amonestacion : un mes despues, Joaquin, emperejilado y atusado, alargaba la mano á una ojinegra de lo más donoso : una peineta de azófar se le alza á ésta sobre la coronilla á modo de cresta sublime, adorno elegante para aldea : orejeras de coral, collar de perlas falsas, manillas de granate. El encaje de las enaguas, propasando cuatro dedos del follado, forma el ruedo de ese gracioso vestido de *mestiza limpia*, la cual pasó luégo á ser « señora mayordoma » de la hacienda de Santa Eulalia, por obra del cura de la parroquia.

Saliendo de sus habitaciones á decir misa este sacerdote, oyó en el cementerio contiguo á la iglesia un ruido como el chis chas del látigo, junto con los ayes de la víctima. Entra precipitadamente al dicho cementerio : un indio, tendido boca abajo, desnudo el cuerpo, está recibiendo los azotes que le da el verdugo. Grita desde léjos el párroco, vuela hácia ellos, toma por el pescuezo al ejecutor, échale en tierra, písale, hierva en santa cólera. El que mandaba este bárbaro castigo, asesinato de la vergüenza, era otro indio de más porte que tenia en la mano un baston con empuñadura y casquillo de plata : era *el alcalde*. Señor cura, dijo el alcalde, este mitayu faltó el domingo á la doctrina. Y no sabes que el azote está prohibido por la ley, malvado ? y no te he dicho mil veces que si me tocas á un pelo á uno de mis feligreses te he de matar ? Asíó entónces con ímpetu la vara del alcalde, y le dió á su dueño tal voleo de palos, que no le dolieron tanto como al otro los azotes, pero que le dejaron escarmentado al indio abusivo y cruel.

Esa cólera es santa : si hay quien repruebe estos palos, tenga á bien llevar esotros ramalazos.

Señor cura, vengo á concertar los derechos : mi suegra murió esta mañana. Ustedes no son pobres, respondió el cura : puedes ceñirte al arancel ? Una rabajita, señor cura. Da lo que quieras, hijo : yo no busco sino el pan de cada dia.

Señor cura, señor cura ! anoche han botado este niño en mi casa : yo no puedo criarle : voy á echarle en la calle. Bárbara ! en la calle... sabes lo que dices ? Yo tengo madre : ella le tomará á su cargo : déjamele. Y apoderandóse de la inerme criatura con la solicitud de una apasionada nodriza, corrió para adentro gritando : Señora, señora madre, Dios nos envia un huésped ! Los niños son bendicion del cielo : inocencia y esperanza en ellos residen. Una buena anciana vestida de negro salió á las voces del cura, y dijo : Qué es ? qué niño es ése ? Un expósito, señora : el que no tiene padres y el que no tiene hijos, hermanos son : éste es mi hermano : criemele vuestra merced como me crió á mí mismo. Tomó la señora al huérfano en los brazos, vió resplandecer en sus ojos la recompensa de la caridad, y dándole mil besos en la frente : Esto era lo que me hacia falta, un niño, un hijo tierno, un ángel doméstico que mantenga la pureza del hogar.

Un matrimonio alborotado comparece ante el cura : Me ha dicho ladron, señor cura. Y él, y él ? pregúntele qué me ha dicho, señor. Yo, la madre de sus hijos,

su mujer propia, una callejera, trotaconventos, una... Mi honra, señor cura, mi honra primero que todo. Véale esa cara... don bebedor, don borracho, te he de arrancar los ojos!

En mi presencia, mujer! exclama el cura. Ya la conoce, señor, agrega el marido: nada es lo que aquí está diciendo la atrevida: á voz en grito, en la calle, me dijo que me habia robado la custodia.

Qué custodia? pregunta el cura volviéndose á la mujer; cuándo han robado aquí la custodia?

No es eso, señor cura, sino que el pícaro me dijo la mala palabra, esa que no puedo repetir ante vuestra señoría.

Gervasio! así deshonoras á tu esposa? luego tus hijos no son tuyos?

Falso, señor cura; cómo habia yo de decir eso? la honra de mi mujer es la mia propia.

Otro tanto debes decir tú, Dolores: la honra de tu marido es tu propia honra. Cómo le tratas de ladrón? Pensad en criar bien á vuestros hijos, ántes que darles estos ejemplos que los pueden corromper y pervertir. Conque el marido es para su mujer un ladrón, y la mujer para su marido una... vagamunda! y vuestros hijos? y Dios? Así es, señor cura, responde la mujer, llorando ya y enjugándose los ojos con el rebozo. Así es, señor cura, repite el marido con voz temblorosa y afligida. Vamos, Gervasio, abraza á tu mujer. Gervasio se la acerca tímido; salta ella sobre él y le echa los brazos al cuello. La paz fué firmada por más de un mes, y no hubo trapizonda, pues el cura, fiador, cuidaba de que la cultivasen, haciendo visitas continuas á los belijerantes.

Dos escuelas tenia la aldea, una de varones, otra de mujeres: visitábalas el cura periódicamente, un sábado la una, otro sábado la otra, habiendo establecido en ellas, acorde con el institutor, exámenes privados que llamaron sabatinas. Para el pundonor, el estímulo era un certificado con firma del señor cura y del maestro, el cual servia de mucho para con los padres del alumno que lo alcanzaba favorable, y de gran perjuicio respecto de los que salian con tachas y censuras. Para el interes, el párroco estableció tres premios, el primero de á diez reales, el segundo de á seis, y el tercero de á cuatro. Para el temor, las penas iban enderezadas á la vergüenza, y de ninguna manera al martirio físico. El cuerpo nada tiene que ver en la educacion del alma, decia el clérigo: para enseñar á los animales y adiestrarlos, sea en buena hora el látigo: los móviles de la inteligencia, otros son: no me curta usted á los niños, señor maestro, con penas corporales: lo que hacen de miedo, lo hacen mal; y ningun mérito hay en obligarlos á una cosa contra su voluntad: lo que conviene es hacerles querer y desear lo bueno: esto lo conseguimos de muy distinta manera que con el necio rigor que tuerce el más recto natural, y estraga desde el principio el corazon más bien formado. Así es que de esas escuelas salian hombres llenos de pundonor, aficionados al trabajo y amigos de su deber, y mujeres de obligaciones, tan hacendosas y virtuosas, que de los pueblos vecinos las buscaban y pedian su mano de rodillas.

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del

cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansion es una concha : el guarda-casa está en pié á las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguan hasta el corral : los corredores siempre nuevos, á fuerza de cuidado : los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el conforto del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardin, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmin que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá léjos en la huerta : las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay ; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan á los malhechores ; pero sí un viejo mastin, gordo y pacifico, que á fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio patio, ó bien sentado como leon en el umbral de la puerta de calle. El cura está de piés á las cinco : se lava rostro, manos y brazos cada dia infaliblemente, no le suceda lo que al dervis que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tánto agradan á la Divinidad. Dice misa á las seis ; se queda en el confesonario hasta los ocho ; de allí para adelante visita á los enfermos ; vuelve á su casa á las diez, y hace su primera refeccion, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles : cada borron es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos

son para verse el rostro en ellos : Horacio no tendria nada que decir. La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura : la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida : papas gruesas, reventadas, derramando suave harina : coliflor pomposa, sembrada con sus manos : es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujuriente lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento : dulce de frutas : agua pura del arroyo. Vino, jamas : licores fuertes, ménos : esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco... el tabaco... soporifero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios : ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor : la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, ó desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leido, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes : despues de comer, dos horas de paseo calmoso y grave : anda solo ; la soledad es una musa : medita, al tiempo que va andando ; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo ; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que

comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No lee sino dos horas por la noche: su sueño, como de varon justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él á sus obligaciones y costumbres.

Este es el sacerdote evangélico, el cura perfecto.

Quedamos en la « libertad de trabajar ; » libertad que le habeis negado al pueblo romano, pasando al extremo de motejarle de ocioso é indolente. Régulo, general del ejército de Africa, escribió al Senado poco más ó menos de este modo : « Padres conscriptos : Donde tantos y tan grandes capitanes pudieran sustituirme en el gobierno de este ejército, admírame le hayais sometido nuevamente á mi autoridad, con una reeleccion que, si crece mi honra, y me llena de júbilo como prueba de confianza, tiene para mí el grave inconveniente de ver yo á mi familia sufrir el desamparo y la necesidad por un año largo todavía : mis tierras se hallan incultas, mi mujer y mis hijos están careciendo de lo necesario. En este concepto, ruegoos, padres conscriptos, tengais á bien relevarme del mando, y permitais mi vuelta á Roma. » El Senado contestó á esta representacion con un decreto por el cual mandaba que las tierras de Régulo fuesen beneficiadas y sembradas por cuenta de la República. No os maraville esta providencia del Senado ; maravilleos el saber que esas tierras eran siete fanegas, pegujal inferior al que los generales asignaban á cada

soldado despues de una conquista, el cual se componia de catorce ; maravilleos el saber que el generalísimo de un ejército, el vencedor de Cartago, que tenia á su disposicion un poderoso reino, no tenia con qué sufragar para los gastos de su casa, si no iba á labrar con sus manos su diminuta hacienda. Detractores de la grande antigüedad, decidme, ¿ dónde están los generales que, mandando ejércitos, entrando ciudades por fuerza de armas, sojuzgando imperios, no tienen ahora con qué mantener á sus familias por que ni gozan de rentas, ni salen de sus campañas y sus triunfos con las manos hediendo á oro ? Vedlos, sí, vedlos, ellos son... generales y coroneles, quienes, depuesta la espada, empuñan el timon del arado y van siguiendo el tardo paso de sus bueyes. Trabajar... ¿ qué es trabajar para estos enemigos del trabajo ? Ingratos llaman ellos á los pueblos, por que no les manifiestan su agradecimiento con fomentarles su conhorto, con crecer sus vanidades mediante la envilecedora lisonja. La madre del recluta que va la sogá al cuello, dejando en triste desamparo su casa, su familia : ingrata. El dueño del caballo, el burro, á quien la tropa despoja y atropella en el camino : ingrato. El rector del colegio que profanan los soldados, aposentándose en él junto con sus bagajes, haciendo rodar por el suelo á puntillones los globos, rompiendo las cartas geográficas : ingrato. Ingrato el padre de familia que ve sus bienes de fortuna confiscados ; ingrato el propietario á quien imponen de contribucion la mitad de su hacienda ; ingrato el buen patriota que gime en el tormento, y ve correr sus dias á la tumba, cargado de grillos y cadenas. Todos son ingratos. Para Fabricio,

para Curio, para Régulo eran ingratos los que, obligándolos al mando en tiempo de paz, les impedían arrimar el hombro al trabajo, arar la tierra y exigir de sus entrañas benéficas el sustento de sus hijos. Decir que los romanos no conocieron la agricultura, es no tener conocimiento de ese pueblo ni haber saludado la historia. Magon, célebre cartagines, había escrito una obra de agricultura: entrada Cartago por Escipion Emiliano, este egregio capitán ordenó que la obra de Magon fuese preservada del fuego á todo trance: bien así como otro vencedor había cifrado su conato en preservar el cuadro del Yaliso en la toma de Ródas; y como Tito puso todo su empeño en la salvación del templo vencida Jerusalén. Escipion, al tiempo que estaba contemplando el fuego en la ciudad enemiga, tenía en la mano cuidadosamente el libro de Magon. Enviólo después á Roma: el Senado mandó traducirlo al latín sin pérdida de tiempo. Varron, el más sabio de los romanos, tuvo á la vista las disquisiciones del cartagines cuando escribió sus elementos de agricultura: Plinio hizo lo propio; y Columela, el que más de propósito se había dedicado al estudio de esa ciencia, honró su patria y regaló al género humano con mil secretos arrancados del seno de la tierra. El padre de la agricultura francesa, Ollivier de Serres, corresponsal de Enrique IV, había leído y aprendido de memoria las obras de Varron, Plinio y Columela; ¡y hé aquí que los romanos no conocieron la agricultura, ni tuvieron libertad de trabajar! Las reglas de Virgilio acumuladas en las Geórgicas, siquiera por la poesía son conocidas de todos: la ignorancia y la sandez de negarle al pueblo romano el estudio y la labor más

necesarios para la vida, reservadas estaban para estos pseudo-católicos cuyo universo se halla encerrado dentro de estas cuatro paredes: egoísmo, mala fe, malicia y necedad. Pseudo-católicos, digo, oid! Estos son unos, y los católicos verdaderos, sinceros, ilustrados, otros muy diferentes.

Qué otra libertad quereis, cristianos de capa larga? no quereis también la de cogernos en la calle á los herejes, y boquiabriéndonos con una artimaña de madera, darnos á viva fuerza el cuerpo de Cristo, como dice Gibbon que hacían los católicos de cierta nación y cierto siglo? No sería mala esa libertad, como no lo fué para Juan Manuel Rosas, el gaucho memorable, la de tomar por las calles de Buenos Aires á cuanto caballero de levita ó de frac acertaba á pasar, y con tijeras resonantes cortarles la falda al rededor, de modo que el hidalgo quedase persona de chaqueta en daca esas pajas. La manera de hacer demócratas es ésta; así como la de hacer católicos es maniar á los herejes, y abriéndoles las mandíbulas con la artimaña consabida, embocarles las formas consagradas: otrosí, hacerles vomitar el diezmo, para contrahacer vuestro lenguaje, pinchándoles las carnes con los cuentos de las lanzas benditas. Éntrome aquí, que llueve: todo lo demás es música; y apaga y vámonos.

Hemos vuelto palmario que vosotros quereis la libertad de pensar, hablar, trabajar y enseñar: veamos si el pueblo romano gozó en algún tiempo de tan preciosas libertades. Ese pueblo era él mismo su legislador: los

decretos del Senado regian por doce meses ; y no eran leyes perpetuas sino por la sancion del pueblo. Los tribunos, diputados de éste, proponian leyes al Senado : el Estamento de los caballeros era el poder judicial, y el pueblo el tribunal supremo. Por esto hemos visto que, segun la ley Valeria, ningun delincuente sufría la pena, si á él apelaba. Ved pues si el pueblo romano tenia libertad de pensar y hablar. Tan bien pensó, que, « si sus leyes han parecido tan santas, y su majestad dura todavía, es porque el buen sentido que rige al género humano, reina en todas ellas. No es posible ver otro código donde se haya hecho una más justa aplicacion de la equidad natural \*.» Este pueblo y estas leyes que un gran católico presenta de modelo á los hombres, son las que vosotros, que de puro católicos dejais de ser cristianos, habeis escarnecido como sectarios sin sabiduría ni conciencia. El pueblo romano, el de la ciudad, el pueblo de intra-muros, no trabajaba mucho, es cierto, porque profesaba las armas, no porque no tenia libertad para tan noble ocupacion. Pero ved luego allende el Tiber, y en una mezquina posesion hallareis á Cincinato labrando la tierra con sus manos. Esperad : quienes vienen por allí ? son los varones expectables que el Senado envia á revestir de la púrpura dictatorial al viejo labrador. Cincinato obedece ; mas despues de haber salvado la patria en pocos dias, vuelve y empuña otra vez la esteva. No se trabaja en Roma ?

Un dia compareció ante el edil un hombre acusado de

\* *Discours sur l'histoire universelle.*

magia. Este era un propietario que se daba maña en sacar de una heredad reducida cosechas más abundantes y mejores que los ricos de sus extensas posesiones. Cómo, decian éstos, el miserable Cayo Furio Cresino, esclavo ahora cuatro dias, obtiene de su puñado de tierra más frutos y de mejor calidad, que nosotros de nuestras grandes heredades ? Esta no puede ser sino obra del demonio ; y le acusaron de arte mágica. El edil, sentado en su alta silla, está esperando al reo : el pueblo inunda el Foro : Cayo Furio Cresino se presenta rodeado de sus gañanes, seguido de sus bueyes, arrastrando en pos de sí las herramientas y los utensilios de su labranza. La gente, bien vestida, es robusta, gracias á los buenos y abundantes alimentos : los brazos de esos gallardos campesinos, gruesos, nervudos, son los de Hércules. El timon del arado, un árbol entero, no los aflige, ni al buey que lo tira, ni al mozo que oprime la reja contra el suelo. La cerviz de esos animales puede sustentar un monte y arrastrar una ciudad : así es que los surcos que ellos abren son profundos. Cada azada pesa una arroba : las hoces parecen cimitarras. Romanos ! dijo Cayo Furio Cresino, hé aquí mi magia : estos jornaleros, estos animales, estas herramientas son las malas artes de que me valgo para obligarle á mi pegujal á producir más que sus grandes haciendas á mis malquerientes. En cuanto á mis dias sin descanso, mis noches sin sueño, mis fatigas y sudores, no me es dable ponerlos á la vista. Rompen los circunstantes en aplausos : el reo es absuelto por unanimidad ; y los acusadores, corridos, se escurren por allí, huyendo la rechifla del pueblo. No se trabaja en Roma ?